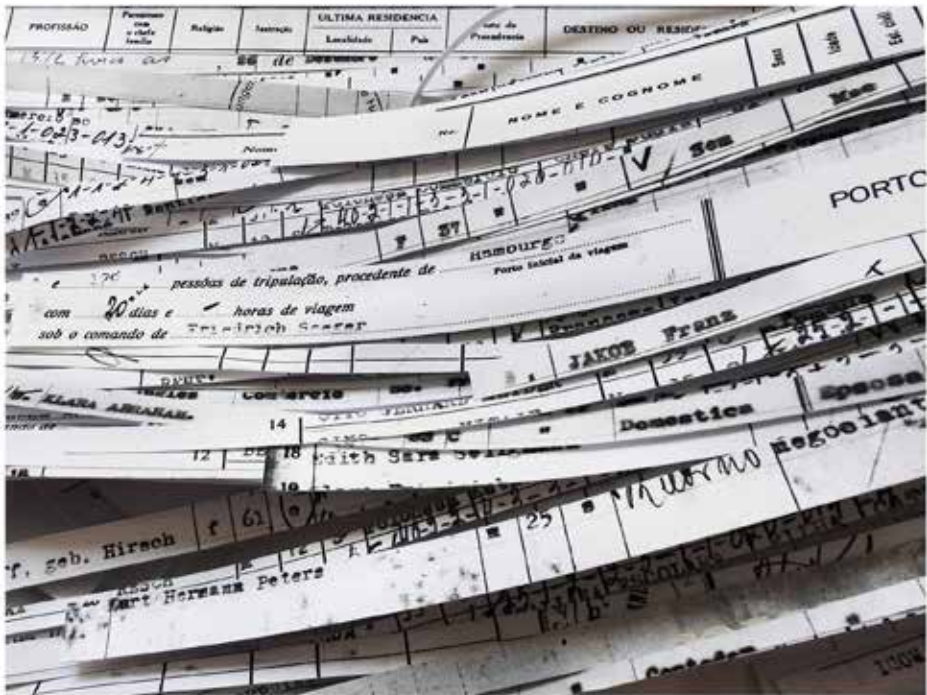


**LEILA DANZINGER**  
Série 6.028 toneladas de registro 2018.  
Impressão em jato de tinta sobre papel algodão



# HUMANIDADES AMBIENTALES Y AMBIENTES HUMANIZADOS.

La naturaleza como sujeto en las ciencias sociales

MARÍA BERNARDA MARCONETTO\*

## *Así en el cielo...*

**E**n el contexto de políticas neoliberales en que está sumergida Sudamérica, parece ser importante el “para qué servimos”. La utilidad parece ser una moneda corriente en estos tiempos, los ataques a la comunidad científica, que sufren particularmente las ciencias sociales al momento de los recortes presupuestarios, se vinculan justamente a la aparente inutilidad en momentos de crisis de las Ciencias Sociales. Una paradoja, por cierto, en caso de urgencias parece que las ciencias que se ocupan de las cosas útiles a los humanos cobran mayor relevancia que aquellas que se ocupan de los humanos en sí. A pesar de esto, la escisión entre las llamadas ciencias naturales y ciencias humanas está quedando cada vez más obsoleta, y en este sentido hay algunas sendas interesantes que han comenzado a explorarse.

\* Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

Hace unos años encontré un libro compilado por Sophie Houdart y Olivier Thierry, publicado en 2011, “Humanos y No-Humanos, cómo repoblar las ciencias sociales”. Me resultó sumamente sugerente esta invitación a repoblar las ciencias sociales, aunque no debiera resultar extraño en tanto, así como es cada vez es más difícil alejar a los humanos de las ciencias naturales, se ha tornado un problema alejar a los no humanos de las ciencias sociales. Y por no humanos deberemos entender a todas y cada una de las entidades con las que coexistimos (desde los microbios a los genios, desde un aparato para ecografías fetales a un objeto arqueológico, desde las tormentas o las sequías a las nanopartículas).

Decidí comenzar esta conferencia a la que fui invitada en tanto antropóloga y arqueóloga con una reflexión acerca de un objeto que sin dudas pertenece, o perteneció, a un campo, en principio, muy alejado del nuestro: Cassini-Huygens, un proyecto conjunto entre las agencias espaciales norteamericana, europea e italiana. Se trató de una misión espacial no tripulada cuyo objetivo era estudiar el planeta Saturno y sus satélites naturales o lunas. El lanzamiento de la nave espacial se realizó en octubre de 1997. La misma contaba con dos módulos: la sonda Cassini y el módulo de descenso Huygens. Este último “aterrizó” en la luna Titán en enero de 2005, y Cassini continuó orbitando. Al cumplirse veinte años del inicio de su viaje desde la Tierra, la sonda Cassini envió su última señal de radio antes de destruirse en la atmósfera de Saturno. La comunicación con la misión de control en Tierra, en el Laboratorio de Propulsión a Jet de la NASA en California, se perdió poco después de las 04:56 hora local del 15 de septiembre de 2017.

Cassini, durante dos décadas fue nuestra espía en el espacio, mostrándonos mundos que nuestros cuerpos de humanos modernos no pueden alcanzar. Recorrió en nombre de la humanidad 8.000 millones de kilómetros. Entre otras cosas, los datos que envió posicionaron a una luna de Saturno, Encélado, como candidata en la búsqueda de vida fuera de la Tierra. Y así, luego de veinte años, y rozando con la ingratitude, los terrícolas deciden pulverizarla en la atmosfera de Saturno. La despedida fue,

sin duda, un momento poco feliz para aquellos investigadores e investigadoras que trabajaron tantos años en la misión y se asombraron ante el planeta en el que Cassini finalmente se desintegró.

¿Por qué este final ingrato para Cassini?

Según podía leerse en diversos medios de comunicación, Cassini debía usar combustible como ayuda en ciertas maniobras orbitales y para controlar su orientación. Las reservas de combustible se agotaban, motivo por el cual se decidió destruir la sonda antes de perder el control sobre la misma y evitar que pueda caer sobre las lunas Titán o Encélado, contaminando estos mundos con microorganismos terrestres. Así, al combustionar en la atmósfera saturniana, Cassini se llevó consigo a cualquier clandestino microscópico terrícola, cuyas particularidades le concedieran la posibilidad de sobrevivir en condiciones extremas fuera de la Tierra.

Llegado este punto del argumento, me concedo la libertad de preguntar cuál sería el problema. Debo confesar me apenó el triste final de Cassini en pos de mantener el sistema solar libre de bacterias. Paradójico intentar mantener libre de vida el sistema solar si uno de los objetivos de este tipo de misiones es buscar vida fuera de la Tierra. Conversando acerca de este punto con allegados de las ciencias duras llegó una respuesta: “era necesario en tanto necesitamos saber que si, en el futuro, encontramos vida en algún punto del universo, ésta no tendrá ninguna relación con la vida terrícola”.

Seguí preguntándome: ¿Qué diferencia sustancial presenta la vida originada en la Tierra respecto de otra vida nacida en cualquier otro rincón del universo? Y en este punto hay que aclarar que por vida terrícola en realidad deberé entender humanidad, ya que esa bacteria habrá llegado allí por obra y gracia de los humanos. Viajamos por otros mundos espionando y borrando las huellas del delito, tocamos el universo, pero con guantes, como un científico que se precie debe hacer.

Esta necesidad de mantener un universo a investigar libre de humanidad solo cabe en una composición de mundo particular: la nuestra. En un mundo occidental y moderno, cuna de científicos y científicas que pueden llegar a Saturno y *más allá*. La cuestión de mantener el universo despojado de nuestras trazas es epistemológica. Solo cabe en el seno de un pensamiento que disocia lo cultural (humano) de lo natural (no humano), escindido en esferas ontológicamente infranqueables.

Al mismo tiempo, reproducimos esta división fundante y reproductora de la Modernidad, que se espeja en la práctica científica donde cobran existencia las ciencias naturales y ciencias humanas, junto con sus respectivos discursos (y relatos). Y en este mundo en el que las ciencias naturales aspiran a un universo vacío de humanos, y las ciencias humanas se preguntan por la esencia de ese vacío, se disputan competencias y territorios conceptuales entre ambos campos.

## Como en la tierra...

De regreso a Tierra y con estas divergencias en mente, pienso en una controversia desatada recientemente en torno a un basural. Esta controversia, involucró a actores a favor y en contra, al tiempo que enfrentó discursos de diversos investigadores en la Universidad Nacional de Córdoba, de donde provengo. La controversia nuevamente implica la dicotomía entre ciencias naturales y humanas. La polémica se estableció en torno al proyecto “*Complejo Ambiental de Tratamiento, Valorización y Disposición de los Residuos Sólidos Urbanos del Área Metropolitana de Córdoba*”, elegante eufemismo para designar a un megabasural que se propone instalar en el Departamento de Santa María, Provincia de Córdoba. Como es de esperar, una controversia así llega a los Tribunales de Justicia.

Una vez judicializada la cuestión, intervienen las pericias y los saberes científicos. Así se suma a la causa un informe producido por la Universidad Nacional de Córdoba para evaluar el estudio de impacto ambiental solicitado por la empresa. Un punto interesante es que la mencionada Universidad cuenta con una amplia gama de especialistas en diversos campos, no obstante, el informe fue realizado por miembros del Departamento de Química Industrial y Aplicada de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la UNC. Alguien en alguna oficina decidió que esto era un tema de las ciencias naturales (y exactas) y no de las humanas (inexactas).

Ciertamente es bastante difícil deslindar qué es natura y qué es cultura en torno a la basura. El sociólogo francés, Bruno Latour (1991), muy probablemente catalogaría de híbrido al basural en razón de esta dificultad. Luego de hacerse público el informe positivo por parte de la UNC respecto de la instalación del basural, el Departamento de Antropología (también parte de la Universidad de Córdoba) redactó un

posicionamiento respecto a esta cuestión que la Facultad de Filosofía y Humanidades hizo propio. Más allá de lo expuesto en el escrito centrado en saberes del campo de la Antropología, en el que se cuestionaba, por ejemplo, la validez de los métodos empleados por los ingenieros para establecer que existe “aceptación social” por parte de los habitantes de la zona, fue interesante la reacción hacia el hecho de que la Facultad de Filosofía y Humanidades se opine sobre el tema. Fue notable como desde algunos medios de comunicación surgieron intentos de desacreditar la voz de las Humanidades en esta controversia.

Volviendo al imaginario de un universo despojado de humanidad en pos del cual se sacrificó a Cassini, me pregunto: ¿en qué composición de mundo sería válido despojar de los humanos a un estudio de impacto ambiental? Vuelvo a responderme: en la nuestra. En una universidad occidental y moderna, cuna de científicos y científicas que pueden llegar al basural y *más allá...*

## *Naturas y Culturas, un gran enredo*

Las cuestiones ambientales son pensadas generalmente desde el sentido común – y en sectores del ámbito académico que parece apoyarse acríticamente en el sentido común – como dominio de las llamadas ciencias duras o naturales. Sin embargo, desde hace ya algunas décadas las ciencias sociales o humanas han comenzado a hacer oír su voz sobre estos temas. En particular la Antropología, *nacida en el seno de la artificial división naturaleza/cultura para ocuparse consecuentemente de la cultura*, desde hace ya un tiempo presta especial atención a la naturaleza (Descola 2005, 2014; Viveiros de Castro 2004, 2010 entre muchos otros autores que siguen esta línea)

Otro punto sugestivo en el intento de desacreditar la voz de las ciencias humanas en la controversia, y que llama la atención por lo ingenuo, tiene que ver con cierta deslegitimación vinculada a posicionamientos políticos de docentes y estudiantes de esta Facultad de Humanidades. Resulta interesante que se fantasee con la posibilidad de una reflexión académica despojada de política. Cabe destacar que tanto como es de artificial la dicotomía naturaleza y cultura, es de ficticia la dicotomía ciencia y política.

Vuelvo a invocar a Bruno Latour (1991, 2010), quien, en términos sencillos, nos dice que mientras más nos esforzamos en separar (purificar) naturaleza de cultura o

política de ciencia, más se mezclan (traducen) engendrando híbridos que se reproducen exponencialmente en el mundo moderno. En un híbrido es imposible trazar con exactitud la línea que divide qué es natural y qué es cultural (por ejemplo, una botella de agua mineral, el cambio climático global, los transgénicos, y entre muchos etcéteras, la basura). Nos desafía a abrir un diario, cualquier diario, y frente a noticias sobre los huracanes Irma o María, el cambio climático global, Monsanto, las cumbres del G20, la hambruna en Yemen, por citar un puñado de ejemplos, intentar definir dónde termina la ciencia y dónde comienza la política, o viceversa. La apuesta segura es que no lo lograríamos.

Así en este mundo moderno, plagado de híbridos, cada vez tiene menos sentido abordar problemas separando ciencias humanas de ciencias naturales. Habrá más aún. Junto con la WWW, o 'red informática mundial', un nuevo mundo cobró existencia: el mundo virtual. Ese mundo virtual es paralelo y a la vez análogo al mundo terrestre. Mientras escribía esta conferencia, se alojó en mi casa mi prima, una suerte de versión ingeniera de mí. Sentada en un sillón muy temprano en la mañana, con un dispositivo en mano contactaba a sus colegas y hablaban de un sistema que habían implementado. Ciertamente yo no entendía de que hablaban, sin embargo, algunos términos comenzaron a resonar. Referían un "lago de datos", aparentemente misterioso lugar donde hay datos. Y de pronto reparé que, en ese mundo, también como en el terrestre, al parecer además de lagos, hay olas, arena y nubes, al tiempo que curiosamente existe la minería de datos, almacenes y hasta explotación de datos. Llamen la atención la cantidad de términos geográficos y la analogía entre esos mundos. Resulta fácil imaginar que, en un futuro no muy lejano, será también difícil deslindarlos.

Intentando no perderme en el enredo, pondré el foco en el tema que me convocó a la Universidad Federal de Minas Gerais, y en torno al cual dicté un seminario que refiere a Arqueologías y Etnografías de los cambios climáticos y de los fines de mundos otros.

El ambiente, o el clima, eran tópicos a los que las ciencias sociales eran renuentes a acercarse luego del uso y abuso del determinismo ambiental como explicación a la variabilidad humana. Curiosamente el determinismo geográfico o ambiental, fue el primer sistema de interpretación de los fenómenos biológicos y sociales desligado de interpretaciones divinas en Occidente. Según el historiador romano, Lucien Boia

(2004), fue la primer y más durable de las filosofías de la historia y, de hecho, es realmente persistente hoy dentro del imaginario colectivo. Nos indica este autor ¿Acaso habría algo más evidente? Los europeos comenzaban a colonizar el mundo y a observar que los hombres eran diferentes y vivían en medios diferentes. Solo se requiere cambiar un pequeño término para que esta frase se transforme en “*los hombres son diferentes porque viven en medios diferentes*”.

Juzgada esta teoría como simplista y reaccionaria, y con razón, las humanidades y las ciencias sociales se alejan y aceptan el mandato moderno: Humanidades a los humanos y su cultura, Ciencias Naturales a la naturaleza y sus no humanos. El temor al estigma de ser tildado de determinista alejó a los científicos sociales de temas ligados a lo ambiental, puntualmente a lo climático hasta hace relativamente poco...

## *El Cambio y el Pasado*

El Cambio Climático Global despertó el interés de las ciencias sociales por “el clima”, convirtiéndolo en un sujeto de investigación. La Antropología ha comenzado a aportar al debate analizando los discursos sobre cambios climáticos y registra antecedentes en materia de eventos científicos y publicaciones que vinculan el clima con las percepciones sociales (Danowski y Viveiros, 2014; De la Soudière y Tabeaud, 2009; Corbin, 2013; Mc Rae, 2010; Milton, 2008; Reuter, 2010). Asimismo, han comenzado a repensarse los discursos arqueológicos sobre eventos ocurridos en el pasado (ver Marconetto y Bussi, 2018).

Quiero detenerme particularmente en la Arqueología, campo en el que tengo más experiencia. Resulta interesante reflexionar acerca de los discursos existentes sobre eventos ocurridos desde la Arqueología. Hace ya un tiempo se discute lo problemático que resulta exportar al pasado, y a otros contextos culturales, nuestro cartesiano modo de entender el mundo, en el que ambientes operan como telones de fondo y al mismo tiempo como determinantes (o en el mejor de los casos condicionantes). Así también, en el que ciertas problemáticas estrechamente ligadas al presente y generadas por el Occidente son proyectadas acriticamente al pasado. Replicar el pasado en



espejo a nuestra imagen y semejanza dista mucho de ser un aporte. Resulta interesante para pensarnos la reflexión de Lucien Boia (2004) sobre la entrada en escena del Clima-catástrofe.

Esta visión dramatizada se ha insertado también en los grandes esquemas de la historia ¿Qué mejor que un buen sacudón climático para arruinar una civilización o para enarbolar la amenaza de un fin colectivo para la humanidad entera? El prototipo de este tipo de desajuste climático es el Diluvio. El Diluvio es el símbolo de una historia jalonada de “fines del mundo”. Aunque fines de mundos en general incompletos, que dejan casi siempre una chance a un pequeño grupo de sobrevivientes de recomenzar un nuevo ciclo histórico. En un tiempo, el Diluvio y otras catástrofes similares integraban el arsenal de la justicia divina. Luego vinieron a expresar los impulsos de cólera de la Naturaleza. En nuestros días son más bien vistos como los efectos perversos – no esperados, pero merecidos – del accionar abusivo del hombre sobre el medio ambiente. Resulta sugestivo, dice el autor, que permanecemos en una lógica de pecado-penitencia, aunque ésta vaya variando de sentido. El Diluvio tradicional fue provocado por los pecados de los hombres ante Dios. El Diluvio futuro parece ser engendrado por los pecados del hombre frente a la Naturaleza.

Los cambios climáticos y sus consecuentes colapsos no son tópicos novedosos en los debates arqueológicos. Los desastres naturales han sido parte del repertorio explicativo de los arqueólogos desde los inicios del campo como ha señalado Mary Van Buren (2001). No obstante, debemos señalar que las explicaciones han ido variando. Los desarreglos climáticos han sido señalados como responsables de muchas cuestiones, positivas y negativas, dependiendo de la época en que es generada la información.

Para Gordon Childe (1936), un cambio climático llevó al progreso habilitando el paso del Paleolítico al Neolítico. Los cambios ambientales pasados, en las primeras décadas del siglo XX, se asociaron en el discurso arqueológico a “mejoras”, “motor de cambio”, a “progreso”; algo más tarde, otros autores referirán a “adaptaciones”.

Luego, siguiendo el razonamiento de Boia, durante la Posguerra, la era atómica, la Guerra Fría, la idea de finitud comienza a hacerse presente. Por su parte, en Arqueología, algunas interpretaciones parecen remitirnos a una lógica de Babel, donde alcanzar una imaginaria cima conlleva un castigo. En esta línea, en Arqueología, las sociedades complejas deben colapsar, y colapsarán por diversos motivos. Es sugerente que desde

la entrada en escena del Calentamiento Global – hacia mediados de los años ochenta – las llamadas sociedades complejas en Arqueología empiezan a colapsar por problemas vinculados en mayor o menor medida a problemas ambientales.

En América, el caso emblemático de exportación de problemáticas presentes al pasado posiblemente sea el Maya. Lucero (2002) menciona una cronología de explicaciones del “colapso” maya particularmente ilustrativa del punto al que nos referimos, sosteniendo tal tendencia. Entre las décadas de 1960 hasta inicios de la década de 1980, primaban temas como intrusión extranjera, revueltas campesinas o variables asociadas al comercio. Más adelante, notamos que las explicaciones viraron hacia cambios climáticos, incremento del monocultivo y degradación ambiental y ecológica por presión demográfica. Van Buren (2001) ha señalado acertadamente que, a medida que la cobertura de los medios y el financiamiento para el estudio de los desastres crecían, aumentaba el interés arqueológico por estos fenómenos. De hecho, los problemas presentes marcan la agenda de nuestras preguntas sobre el pasado, delineando al mismo tiempo los discursos que generamos acerca de ese pasado.

Las disputas en los campos de la Arqueología y la Antropología en torno a los temas relacionados a catástrofes ambientales se ligan fundamentalmente al lugar en el cual poner el acento al analizar los casos: en lo ambiental o en lo social, en el mejor de los casos intentando el entramado de ambos aspectos. El problema, como señala Descola (2011), es que la torpe costura de aquello que nuestro modo dualista de comprender el mundo separa deja una cicatriz que subraya la disociación en lugar de desvanecerla.

Es preciso que cuestionemos nuestras certezas fundantes al referirnos a la experiencia de vida de otras sociedades: ¿por qué dar por supuesto que los pueblos abordados por la Arqueología suscribían a los postulados que sustentan nuestras propias ciencias, nuestros Estados, nuestros mercados?, ¿qué sucede si atendemos a otros modos de componer esos mundos que no se circunscriban a la historia de la modernidad occidental? Esas otras maneras de hacer mundo proponen vías de reflexión que, siguiendo a Viveiros de Castro (2010), es posible llevar a serio para reemprender nuestra tarea intelectual.

En este punto es imperante refundar el diálogo entre Arqueología y Etnografía. Complejo divorcio que lleva largas décadas fundado en el temor a la llamada analogía etnográfica. Miedo que no parece existir al establecer analogías al mundo moderno,

al pensar a lo no humano acriticamente como recurso, o al interpretar conductas humanas con cálculos económicos que sonrojarían posiblemente a Smith y Ricardo. Sin olvidar, por otro lado, la división de bienes que implica este divorcio: las cosas para los arqueólogos, las personas para los etnógrafos. Cosas y personas claro, definidas en términos occidentales y modernos, de más está decir, no universales. Como en toda división de bienes, también en ésta hay problemas, y en el proceso, como sabemos, se pierde riqueza.

Quisiera apelar a un caso trabajado en mi propio equipo de investigación en el que también juegan elementos con los que empecé esta conferencia: el cielo y la tierra, la NASA y una comunidad campesina del noroeste argentino; y en el que intentamos junto con uno de mis orientados, Mariano Bussi, revisar la potencia del diálogo entre Arqueología y Etnografía (ver Marconetto y Bussi, 2018).

Durante el invierno de 2013, viajamos al Valle de Ambato en el norte de la Argentina, donde nos encontramos con un grupo de biólogas de nuestro mismo equipo que recolectaban muestras de polen para estudios paleoambientales. Compartimos allí unos días en los que estas resaltaban la notable humedad del valle dada la profusión de musgo que identificaban como muy beneficiosa para su tarea ya que este atrapa el polen. En esa misma estadía visitamos una familia con la que hemos trabajado en proyectos que llevan más de 40 años en la zona, y con quienes tejimos estrechos vínculos. Entre mates y charlas, comenzamos a conversar sobre los incendios de los últimos años, y al querer explicarnos por qué eran tan frecuentes y rápidos en ambas laderas del valle, la mayor de las mujeres de la casa aseveró que “es que *todo está seco, seco, seco*”. Afuera llovía.

¿Por qué mientras unas resaltan el musgo para subrayar la humedad del valle, las otras remarcaban lo seco del lugar?

Al parecer, ambas afirmaciones eran adecuadas a sus emisores, y nos llevaría más tarde a pensar en las relaciones posibles entre dos modos de sequedad: por un lado, la noción climática de “sequía” y, por el otro, el concepto nativo de seca, que iríamos conociendo progresivamente a través de la Etnografía en los siguientes años.

## Conversaciones entre Seca y Sequía

Aparecen aquí dos personajes: La *Sequía*, una amenazante señora criada entre científicos, estudios paleoambientales y con amigos en la NASA, y la *Seca*, una no menos inquietante señora, criada en el campo entre conversaciones y mates.

La primera cobra sentido en nuestro caso desde hace una década cuando iniciamos una serie de estudios paleoambientales en el Valle de Ambato (Catamarca, noroeste argentino). Se apuntaba a indagar acerca del final de las ocupaciones de la llamada cultura Aguada hacia fines del primer milenio (ver Lindsakoug 2016, Marconetto, 2010; Marconetto *et al*, 2015). No me extenderé sobre los mismos, pero en síntesis se trató del análisis de anatomía ecológica de madera recuperada en excavaciones asociadas al fin de la ocupación de sitios afectados por incendios. Este estudio aportó resultados de alta resolución local en relación a fluctuaciones de humedad que invitaron a pensar el fin de la ocupación Aguada de Ambato ligada a un momento de déficit hídrico hacia finales del primer milenio, lo cual coincidía con datos paleoambientales semejantes en diversas regiones de los Andes. Por su parte, el estudio de microcarbones fuera de sitios mostró que los incendios en la región fueron recurrentes a lo largo de los últimos cuatro milenios, y no una particularidad asociada a fin de la ocupación Aguada. Luego realizamos un modelado de la historia de la vegetación empleando teledetección satelital. Nos servimos de un módulo del modelo llamado HEMO, *Hindcasting Ecosystems Model*, desarrollado por el grupo de Héctor D'Antonien en el centro de investigaciones de la NASA (California, EE.UU.). Obtuvimos datos del paleo-NDVI desde el año 442 AD, momento anterior al inicio de la ocupación Aguada del Valle de Ambato, hasta el presente. El NDVI es un índice normalizado de diferencias en la vegetación que marca la actividad fotosintética de la vegetación y tiene una estrecha relación con la disponibilidad de agua en el suelo. Trabajamos con anomalías positivas y negativas ligadas a diferentes momentos de la ocupación Aguada en la región. En coincidencia con los fechados de los últimos contextos asignados a Aguada, se observa una larga secuencia de anomalías negativas de baja intensidad. Si bien son leves, son negativas, esto equivale a actividad fotosintética por debajo de lo habitual, es decir menos agua a lo largo de varias décadas. Los datos volvieron así a invitarnos a pensar en sequía, en

una sequía prolongada que pudo haber llevado a la “desocupación” del valle hacia fines del primer milenio.

Por su parte, la *Seca* nace de un largo trabajo de campo etnográfico realizado entre 2013 y 2014 (Bussi 2015) en la misma localidad rural en la que se encuentran los sitios arqueológicos que excavábamos. En el día a día de la localidad de Los Castillos, referencias *fragmentarias pero constantes* pueblan las conversaciones, nutriéndolas de comparaciones entre un tiempo pretérito y la actualidad, signados ambos por un cambio a la vez radical y gradual que afecta a las más diversas esferas del mundo local haciendo que todas ellas vayan paulatinamente tornándose menos intensas que en su estado anterior. Estos procesos son estructurados en torno al concepto de *seca*.

En Los Castillos, por citar unos muy pocos ejemplos entre los recolectados, se considera que los sembradíos no crecen como lo hacían antes, como tampoco lo hacen las cabras, vacas ni gallinas: las plantas eran fuertes y deliciosas y el valle estaba repleto de animales. Aunque ahora los zapallos *se pudren a los dos días*, se recuerda que antes duraban semanas y semanas sin problemas. En el modo habitual en que el concepto de *seca* se presenta en el cotidiano, puede apreciarse una gran variedad de características intensas del pasado. En aquel antes, las tormentas eran muy fuertes a la vez que llegaban velozmente; las obligaciones del compadrazgo se cumplían gracias a la fortaleza moral de los sujetos; también había más vizcachas que ahora recorriendo esas tierras y aún más piojos que invadían las cabezas de quienes no las cuidaran. Prescindiendo de las modernas herramientas eléctricas, los hombres de antaño se dedicaban con mayor esfuerzo a trabajos más duros que hoy se relatan de un modo casi heroico y, al igual que las viejas casas de adobe que ahora se reemplazan por materiales industriales, se desarrollaban fuertes y resistentes. Se da la disminución hacia la actualidad en las intensidades de estos diversos dominios del mundo local (vegetal, animal, productivo, religioso, moral, económico, meteorológico, laboral, práctico, etc.). El estado actual, aquel del mundo minimizado, es a lo que estos se refieren con el término *seca*. *Estamos en la seca*. Bajo su dominio, no son solo las cantidades de agua circulando en el ambiente lo que se reduce, sino que son innumerables elementos del mundo los que se van tendiendo a cero.

Hay dos características en este proceso de disminución de intensidades que comprende la *seca* que es preciso resaltar: los elementos que se reducen son tanto los

considerados como positivos como aquellos considerados negativos; el modo en que los elementos van reduciéndose no responde tanto a un movimiento lógico lineal y causal sino más bien a uno gradual y global. La seca es presentada por los habitantes de Los Castillos como contrapuesta a un antes que es temporalmente difuso (pudiendo variar entre los tres y los cuarenta y cinco años) y valorativamente ambiguo. La diferencia entre ese antes y la actualidad, signada por la seca, no significa ni el paso de un pasado de bonanza a un mundo actual de miseria, ni el de un tiempo de escasez al mundo moderno del desarrollo y la abundancia. El movimiento lógico que se realiza no refiere a relaciones necesariamente causales y particulares, sino más bien a un progresivo cambio en el estado general de las cosas.

La *seca* se distancia de la *sequía* en su temporalidad, su espacialidad y su mensura. Pero, además, la seca no podría limitarse ni a una situación ambiental ni a un espacio de narraciones sobre el paso del tiempo, sino que se adecúa mejor a un enmarañado transversal a diversos aspectos de la vida local, inhibiendo una división clara entre un mundo natural y otro social. Esto quiere decir que el concepto de seca es a la vez más-que-ambiental y más-que-social, traspasando lo atmosférico y lo histórico hasta desdibujar dichos tabiques.

¿Podemos tomar algunas lecciones de la seca? La *seca* y la *sequía* a simple vista son inconmensurables. Aunque recordemos, buscamos en la Etnografía la posibilidad de traicionar o transformar la propia imaginación conceptual en términos de Viveiros de Castro. Recuperaremos para la discusión dos puntos que presenta la seca y son muy sensibles para la Arqueología: la experiencia cualitativa y la temporalidad no lineal.

## *Experiencia cualitativa: el tiempo y clima*

Para acercarnos a la cuestión de la percepción cualitativa, no podemos eludir la distinción entre clima y tiempo que ya ha sido abordada en discusiones sobre el lugar del clima en Arqueología (Ingold 2011; Pillatt 2012). Tiempo y clima suelen confundirse en nuestro lenguaje cotidiano (al menos en español), sin embargo, el tiempo refiere al estado de la atmósfera en un sitio particular durante un corto periodo, mientras que el clima alude al patrón atmosférico de un sitio durante un periodo largo, lo suficientemente largo para producir promedios significativos. La meteorología se ocupa

del tiempo, mientras que la climatología del clima. El tiempo es perceptible a escala humana, el clima no. Trasladando esto a nuestras disciplinas, la Arqueología – tradicionalmente interesada en procesos de larga duración – se acerca al clima desde los estudios paleoclimáticos, mientras que la Etnografía accede fácilmente al tiempo (o mejor a los fenómenos meteorológicos).

Dado que esperábamos de la Etnografía, y de la seca, que traicionen nuestra imaginación conceptual, démosle lugar. La Etnografía ha dado sobrada cuenta de que, excepto para el occidente moderno, para el resto de quienes habitan y habitaron el planeta, la escisión clima/sociedad, o lo que es lo mismo naturaleza/cultura, es inexistente (Descola 2005). Los fenómenos meteorológicos pueden ser entidades particulares con las que se negocia, se interactúa, se convive. Podríamos afirmar que una entidad como el clima constituye una excepción moderna. La interacción con los fenómenos meteorológicos se encuentra imbricada en todos los ámbitos de la vida cotidiana: aun aceptándolo, los arqueólogos descartamos la posibilidad de acceder a los mismos alegando limitaciones técnicas que conforman finalmente una trampa.

Reproducimos la dicotomía clima/sociedad metodológicamente en los estudios paleoambientales. No es menor el hecho de que la mayoría de estos estudios se realizan *off site*. Buscamos zonas no perturbadas por la actividad humana, y así, donde no hay humanos siempre encontraremos el clima, nunca el tiempo. Si la Etnografía nos muestra los vínculos con los fenómenos meteorológicos entramados en prácticamente todos los aspectos de la vida de la mayoría de las comunidades, *el lugar para su posible rastreo nunca será off site*. Tal vez sea cuestión de buscar la dimensión humana de lo meteorológico en lugares insospechados para nuestro pensamiento moderno, pero ciertamente lógicos para otras composiciones de mundo. En los colores, en la iconografía, en los fuegos, en la interacción con ciertas plantas encontraremos estas relaciones. Mantenemos libre de humanos a los estudios paleoambientales, evitando la contaminación, tal y como nos deshicimos de Cassini.

## *La temporalidad no lineal: el tiempo y el fin*

El segundo punto que trae la seca nos orienta hacia la posibilidad de pensar otro tipo de temporalidad. Pasamos aquí del tiempo meteorológico al tiempo cronológico.

A. Haber (2017) nos incita en su libro *Al otro lado del vestigio* a indisciplinar los vestigios. Definidos estos como mucho más que aquello que resta del pasado. Fuera de un marco disciplinado, “la experiencia arqueológica implica la simultaneidad de pasado y presente”. Tratándose ésta de una experiencia potente, señala Haber, la modernidad colonial debe controlarla en tanto contradice sus propios fundamentos. Retomando a Shanks, marca un punto clave: “la modernidad requiere como condición ontológica que el tiempo tenga una forma vectorial, que los modernos se orienten como una flecha al futuro y que el pasado sea un tiempo superado por la propia modernidad”.

Los eventos en un tiempo sin tiempo de la seca nos llevan a poner en duda algunas cuestiones. Al hablar de fines o colapsos, los arqueólogos estamos habituados, además de al tiempo vectorial, a la lógica de los juicios finales de la apocalíptica eclesiástica más que a otros posibles fines de mundos. Esto tiene consecuencias políticas no menores, por ejemplo, para las actuales comunidades indígenas con reclamos vigentes sobre tierras. Como acertadamente señaló Mariela Rodríguez (2015), lo que esta autora llama “postulados de extinción” en la Arqueología evolucionista, atenta seriamente contra estos reclamos. Agregamos que los “certificados de defunción” con causa de muerte “condiciones climáticas desfavorables” que solemos extender tienen implicancias presentes que tal vez no dimensionamos. Tal vez no haya hoy más jaguares ni chamanes en la cerámica negra grabada, clásico indicador de la Aguada Ambato del primer milenio; sin embargo, no me atrevería a decir que han muerto los jaguares y los chamanes en el norte argentino. Posiblemente debió llamarnos la atención, más allá de la simple curiosidad, que una parte de la casa construida en el siglo XIX en la que dormimos en la noche ambateña durante las excavaciones, replicara casi con exactitud aquella del siglo X que excavamos durante el día.

Podríamos correr del imaginario tradicional arqueológico que concibe un pasado estratigráfico, que divide temporal y espacialmente a las “culturas arqueológicas” en estancos separados, y asumir que cada momento es multitemporal y un palimpsesto de componentes originados en épocas distintas y que los compartimentos son permeables, como atinadamente han mencionado Sánchez Canedo y Juan Villanueva (2017) en su bello texto “la Chuwa del Cielo”, y podríamos aceptar que estamos rodeados de fines de mundo inconclusos. Las extinciones, colapsos, fin de mundo, fin de ocupación, fin de una cultura, solo se ajustan a la existencia de un tiempo vectorial. Si aceptamos



que ese tiempo no es universal, sino que hay otras temporalidades, cíclicas, circulares, que implican vuelcos y retornos, podemos también pensar que existen “finés de mundos otros” despojados de pecados y penitencias...

## De regreso al cielo

Hace 29 años, en 1990, el Voyager 2 dejaba Neptuno y antes de abandonar el sistema solar giró hacia la Tierra y tomó la reconocida imagen llamada por Carl Sagan “el pálido punto azul”. Esa fotografía redimensionó la imagen de nosotros mismos. Ese diminuto punto en el universo alberga todo lo que creemos conocer y la historia entera de lo que llamamos humanidad. La astronomía en ese momento acertó un golpe de humildad a los terrícolas. Nuestras guerras y nuestros amores quedaban reducidas a una mota de polvo en la infinidad, nuestras certezas de omnipotencia reducidas a una mala broma. La Antropología, cuenta con la misma potencia, y si le permitimos golpear nos pulverizará nuestras certezas, puesto que como mencionó Descola (2010), la Antropología tiene el poder de mostrarnos que lo que parece eterno, este presente en el que estamos encerrados, es simplemente una forma de vivir la condición humana entre miles de otras que fueron y serán descriptas.

## Bibliografía referida

BOIA, L. 2004. *The Weather in the imagination*. Reaktion Books, London

BUSSI, M. 2015. Aires de cambio. Algunos fenómenos meteorológicos según los habitantes de Los Castillos (Catamarca). *Revista Síntesis*, 6: 4-25.

CORVIN, A. 2013. *La pluie, le soleil et le vent. Une histoire de la sensibilité au temp qu'il fait*. Aubier, Paris.

CHILDE, V. G. 1989 [1936]. *Los Orígenes de la Civilización*. Fondo de Cultura Económica, México.

DANOWSKI, D y E. VIVEIROS DE CASTRO. 2014. *Há Mundo por Vir? Ensaio sobre os Medos e os Fins*. Instituto Socioambiental, Rio de Janeiro.

DE LA SOUDIÈRE M. Y M. TABEAUD. 2009. Le ciel comme terrain, *Ethnologie française*, 4: 181-186.

DESCOLA, P. 2005. *Par-delà nature et culture*. Gallimard, Paris.

- . 2010. *Diversité des Natures, Diversité des Cultures. Les Petites Conférences*. Bayard, Paris
- 2011. *L'Écologie des Autres. L'Anthropologie et la Question de la Nature*. Editions Quae, Paris.
- 2014. *La composition des mondes. Entretiens avec Pierre Charbonnier*. Flammarion, Paris.
- HABER, A. 2017. Al Otro Lado del Vestigio. Políticas del Conocimiento y Arqueología Indisciplinada. Editorial Universidad del Cauca, Popayán.
- HOUDART, S. y O. THIERRY. 2011. *Humains, non-humains. Comment repeupler les sciences sociales*. La Découverte, Paris.
- LATOURET, B. 1991. Nous n'avons jamais été modernes. *Essai d'anthropologie symétrique*. La Découverte, Paris.
- 2010. *Cogitamus. Six lettres sur les humanités scientifiques*. La Découverte, Paris.
- LINDSKOUG H. B. 2016. *Forest Fires and Abandonment Patterns from the Aguada Culture, Northwest Argentina. A Paleoenvironmental Study Based on the Analysis of Microcharcoals in the Ambato Valley, Catamarca Province*. British Archaeological Reports, Oxford.
- LUCERO, L.J. 2002. The collapse of the classic Maya: A case for the role of water control. *American Anthropologist* 104:814-826.
- MARCONETTO M. B. 2010. Paleoenvironment and anthracology: determination of variations in humidity based on anatomical characters in archeological plant charcoal. *Journal of Archaeological Science* 37:1187-1191.
- MARCONETTO, M. B. Y M. BUSSI. 2018. Fines de mundos "otros". Seca y sequía en conflicto. *Chungara Revista de Antropología Chilena*. 50 (2): 319-329
- MARCONETTO, M.B., L.S. BERRY, P. PALACIO, M. SOMOZA, M. TRIVI, H.B. LINDSKOUG y H. D'ANTONI 2015. Aporte a los estudios paleoambientales del valle de Ambato (Catamarca) a partir de la reconstrucción del paleo NDVI (442-1998 AD). *Mundo de Antes* 9:45-68.
- MILTON, K. 2007 Fear for the Future: Emotions and Global Warming. Paper presented at the AAS 2007 annual conference, Canberra.
- MC RAE, G. 2010. What can anthropologists say about climate change? Anthropologies of the south: cultures, emphases, epistemologies. *World Anthropologies Network* 5: 33-52
- REUTER, T. 2010. Anthropological theory and the alleviation of anthropogenic climate change: Understanding the cultural causes of systemic change resistance. Anthropologies of the south: cultures, emphases, epistemologies. *World Anthropologies Network* 5: 7-32
- VAN BUREN, M. 2001. The archaeology of El Niño events and other "natural" disasters. *Journal of Archaeological Method and Theory* 8 (2):129-149.
- VIVEIROS DE CASTRO, E. 2004. Perspectivismo y multinaturalismo en la América indígena. En: *Tierra adentro, territorio indígena y percepción del entorno*. A. Surallés y P. García Pp. 37-79. Hierro Eds. Grupo internacional de trabajos sobre asuntos indígenas, Lima.
- 2010. *Metafísicas Caníbales. Líneas de Antropología Posestructural*. Katz Editores, Buenos Aires.